

Volvió. «Vamos, pronto, sígueme si no quieres que nos corten el pescuezo.» Yo no me movía y se impacientaba. «¡Ven, Dios de Dios! nuestro compartimento está vacío y volvemos allí!» ¡Vacío nuestro compartimento! ¿de modo que había ido á ver? La mujer de negro, la que no hablaba, aquella á quien no se veía, ¿estaba bien seguro de que no se hallaba en un rincón?.... «¡Quieres venir ó vas sobre la vía á freir espárragos con el otro!» Había subido de nuevo y me empujaba, brutal, loco. Y me ví fuera, sobre el estribo, agarradas las dos manos á la baranda de cobre. Él, que había bajado detrás de mí, cerró cuidadosamente la portezuela. «¡Anda, anda!» Pero no me atrevía, arrastrada por el vértigo de la carrera, azotada por el viento que soplaba como un huracán de tormenta. Mis cabellos se desafaron y creí que mis dedos, rígidos, iban á dejar escapar la baranda. «¡Anda, Dios de Dios!» Continuaba empujándome, tuve que andar soltando una mano después de la otra, pegándome contra los coches, en medio del remolino de mis faldas, cuyo chasquido me ataba las piernas. Ya, á lo lejos, pasada una curva, veíanse las luces de la estación de Barentín. La máquina se puso á silbar. «¡Anda, Dios de Dios!» ¡Oh, aquel ruido de infierno, aquella trepidación violenta en la que yo andaba! Me parecía que era juguete de un huracán, que me zarandeaba como una paja, para aplastarme allí contra una pared. Detrás de mí el campo huía, los árboles me seguían con un galope furioso, dando vuel-

tas, retorcidos, arrojando cada uno al pasar un rápido quejido. En la extremidad del vagón, cuando tuve que pasar sobre el vacío para poner el pie en el otro estribo y coger la otra baranda, me detuve, me faltaba el valor. Nunca lo conseguiría. «¡Anda, Dios de Dios!»

Estaba junto á mí empujándome y cerré los ojos y no supe cómo hube de continuar avanzando por la sola fuerza de un instinto, como animal que ha plantado sus garras y que no quiere caer. ¿Pero cómo no nos han visto? Pasamos delante de tres coches; uno de ellos, de segunda, estaba atestado de viajeros. Recuerdo las cabezas colocadas en hilera, bajo la luz de la lámpara; creo que las reconocería si algún día me las encontrase: la de un hombre muy gordo con patillas rojas, y sobre todo las de dos jovencitas, que se asomaron riendo. «¡Anda, Dios de Dios! ¡Anda, Dios de Dios!» Y ya no recuerdo más; las luces de Barentín se acercaban, la máquina silbaba, mi última sensación fué la de que me arrastraban, me levantaban cogida por los cabellos, al través del vacío. Sin duda mi marido debió cogerme, abrir la portezuela por encima de mis hombros y echarme en el fondo del compartimento. Estaba jadeante y medio desmayada en mi rincón cuando nos paramos; y le ví, sin hacer un movimiento, cruzar algunas palabras con el jefe de estación de Barentín. Luego, al marcharse el tren, cayó sobre el asiento rendido. Hasta el Hayre no nos dijimos una palabra.... ¡Oh! ¡Le odio, le odio por todas esas abominaciones que me ha hecho su-

frir! ¡Y á tí te quiero, querido mío, te quiero por la felicidad que me proporcionas!

En Severina, después de la excitación ardiente que le produjera aquel largo relato, este grito era como la expansión misma de su necesidad de placer, en medio de la execración de sus recuerdos. Pero Santiago, trastornado por lo que oía, y tan excitado como ella, la detuvo aún.

—No, no, espera..... ¿Y tú estabas echada sobre sus piernas y le has sentido morir?

Despertábase en Santiago el recuerdo de aquel desconocido; una ola frenética subía de sus entrañas invadiéndole la cabeza con una visión roja. Era presa otra vez de la obscuridad del crimen.

—Pero ¿y la navaja, tú sentiste entrar la navaja?

—Sí, un golpe sordo.

—¡Ah! un golpe sordo..... ¿No fué una desgarradura, te fijaste bien?

—No, no, nada más que un choque.

—¿Y luego dió una sacudida, no es eso?

—Sí, tres sacudida, ¡oh! De uno á otro extremo de su cuerpo, sacudidas tan largas, que las he seguido hasta en la punta de sus pies.

—Sacudidas que le ponían rígido, ¿no es eso?

—Sí, la primera muy fuerte, las otras dos más débiles.

—Y murió; ¿y á tí qué impresión te causó el sentirle morir así de un navajazo?

—A mí..... oh, no sé.

—¿No sabes? ¿por qué mientes? Dime, dime

qué impresión te causó, sé franca..... ¿te causó pena?

—No, no, pena no.

—Entonces placer.

—¿Placer? pues tampoco, placer no.

—¿Qué, pues, amor mío? Te lo suplico, dime-lo todo..... Si tú supieses..... Dime lo que uno siente.....

—Hijo mío, ¡y qué quieres que te diga!..... Es una cosa horrible, le parece á uno que vive en otro mundo, ¡oh, tan lejos, tan lejos! Viví más en aquel minuto que durante toda mi vida pasada.

Con la garganta apretada y no pudiendo hacer más que balbucear, Santiago la estrechó esta vez violentamente en sus brazos, mientras Severina ahogaba al joven con una caricia de todo su cuerpo. Se poseyeron, hallando el amor en el fondo de la muerte, con la misma voluptuosidad dolorosa de los animales, que se desgarran el vientre en la época del celo. Soló se oyó su ronco resoplido. En el techo, el reflejo ensangrentado había desaparecido; y al apagarse la estufa, el cuarto principiaba á helarse por el intenso frío de la calle. Ni una voz subía de París, cubierto de nieve. Durante un momento oyéronse ronquidos, pared por medio, en el cuarto de la vendedora de periódicos. Luego todo se hundió en el negro abismo de la casa dormida.

Santiago, que había conservado á Severina en sus brazos, la sintió ceder en seguida á un sueño invencible, como herida por un rayo. El

viaje, el largo tiempo de espera en casa de los Misard, aquella noche de fiebre, todo eso la destrozaba. Balbuceó unas buenas noches de niño, y se durmió en seguida, con respiración sosegada. El cuco acababa de dar las tres.

Y durante cerca de una hora aún, Santiago la conservó sobre su brazo izquierdo, que poco á poco se le entumecía.

No podía cerrar los ojos; una mano invisible, obstinada, parecía abrírselos en las tinieblas. Ahora ya no distinguía nada del cuarto, anegado en sombras, y en donde todo se había borrado: la estufa, los muebles, las paredes; y tenía que volverse para encontrar los dos pálidos cuadriláteros de las ventanas, inmóviles, apenas perceptibles, como en un sueño. A pesar de su cansancio abrumador, una actividad cerebral prodigiosa le tenía despierto y alerta, devorando sin cesar la misma madeja de ideas. Cada vez que por un esfuerzo de voluntad, creía quedarse dormido, la misma obsesión recomenzaba, las mismas imágenes desfilaban, despertando las mismas sensaciones. Y lo que iba y venía de aquella manera, con una regularidad mecánica, en tanto que sus ojos fijos y abiertos de par en par se llenaban de sombra, era el crimen, detalle por detalle. Continuamente renacía, idéntico, enloquecedor.

La navaja entraba en la garganta con un golpe sordo, el cuerpo tenía tres largas sacudidas, la vida se iba en una ola de sangre tibia, parecióle que una ola roja corría por sus ma-

nos. Veinte veces, treinta veces entró la navaja y se agitó el cuerpo. Aquello tomaba proporciones enormes, le ahogaba, retumbando en medio de la noche. ¡Oh! ¡dar un navajazo semejante, contentar ese lejano deseo, saber lo que uno siente, saborear ese minuto durante el cual se vive más que en toda una existencia!

Como su angustia aumentaba, creyó Santiago que el peso de Severina sobre sus brazos era lo único que le impedía dormir. Despacito fué sacando el brazo, dejando á Severina á su lado, sin despertarla. Al pronto, aliviado, respiró más libremente, creyendo que el sueño iba por fin á venir. Pero á pesar de su esfuerzo, los invisibles dedos abrieron de nuevo sus párpados; y en las tinieblas reapareció el crimen tomando formas sangrientas, la navaja entró, el cuerpo se agitó. Una lluvia roja rayaba la obscuridad; la herida de la garganta, inmensa, quedaba abierta como un hachazo. Entonces ya no luchó, quedó sobre la espalda, presa de aquella visión obstinada. Oía en su organismo el trabajo febril de su cerebro, una revolución de toda la máquina. Venía esto de muy lejos, de su juventud. Sin embargo, se había creído curado, pues hacía meses que su deseo no le atormentaba, con la posesión de Severina; y hé aquí que nunca se le había presentado tan intenso, bajo la evocación de aquel crimen que un momento antes, pegada contra su carne, enlazada á sus miembros, le cuchicheaba ella al oído.

Se había apartado, evitando ser tocado por

aquella mujer, abrasado por el simple contacto de su piel. Un calor insoportable subía por su espina dorsal, como si el colchón, bajo sus riñones, se hubiese transformado en brasero. Una comezón y como puntos de fuego le agujereaban el pecho.

Se le ocurrió sacar las manos de debajo de la sábana; pero enseguida se helaban, estremecidas por el calor. Le amedrentaron sus manos y las entró, cruzándolas primero sobre su vientre, y acabó por deslizarlas bajo sus nalgas, para aplastarlas, aprisionándolas allí, como si hubiese temido alguna abominación por parte de ellas, un acto que él rechazaba, y que, sin embargo, acabaría por cometer.

Cada vez que el cuco daba una hora, Santiago contaba los golpes. Las cuatro, las cinco, las seis. Suspiraba porque viniese la luz; esperaba que el alba ahuyentaría aquella pesadilla. Se volvía hacia las ventanas, mirando los cristales, alumbrados sólo por el vago reflejo de la nieve.

A las cinco menos cuarto, con un retraso de cuarenta minutos, había oído llegar el directo del Havre, lo cual era prueba de que se había restablecido la circulación. Y después de las siete vió blanquear los cristales, con una palidez lechosa, muy lenta. Por fin el cuarto se alumbró con esa luz confusa en que los muebles parecen flotar.

Reaparecieron la estufa, el armario, el aparador. No podía, sin embargo, cerrar los párp-

dos; al contrario, sus ojos se irritaban, llenos de la necesidad de ver. Enseguida, y antes que hubiese luz suficiente, adivinó, más bien que verla distintamente, sobre la mesa, la navaja con que por la noche había cortado el pastel. Ya sólo pensaba en aquella navaja, una navajita con punta muy fina.

La claridad, cada vez mayor, entraba por las dos ventanas, para reflejarse en aquella delgada hoja. Y el terror que le causaban sus manos hizo que las hundiera más por debajo de su cuerpo, pues las sentía agitarse, indómitas, más fuertes que su voluntad. ¿Acaso iban á dejar de pertenecerle? ¿Sin duda eran manos de otro, manos que le habían sido legadas por algún antepasado, en el tiempo en que los hombres extrangulaban á los animales en los bosques!

Para no ver ya la navaja, Santiago se volvió hacia Severina. Dormía muy serena, con una respiración de niña, en medio de su gran cansancio.

Sus espesos cabellos negros, desatados, le hacían una almohada sombría que se deslizaba hasta los hombros; y bajo la barbilla, entre los bucles, veíase su pecho, de una delicadeza de leche, apenas rosado. Lo miró como si no lo conociese. Sin embargo, lo adoraba, su imagen le perseguía por todas partes, en un deseo de ella, deseo que á veces le angustiaba, aun cuando Santiago se hallaba guiando la locomotora; hasta el punto de que un día se había despertado,

como de un sueño, en el momento en que atravesaba una estación á todo vapor, á pesar de las señales. Pero la vista de aquel pecho blanco se apoderaba de él por completo, con una fascinación repentina, inexorable; y con un horror consciente aún, sentía crecer la imperiosa necesidad de ir á buscar la navaja sobre la mesa, y hundirla hasta el mango en aquella carne de mujer. Oía el choque sordo de la hoja que entraba, veía dar el cuerpo tres sacudidas, para luego quedar rígido por la muerte bajo una rojiza ola.

Luchando, queriendo arrancarse á aquella obsesión, perdía á cada segundo un poco de su voluntad, como sumergido por la idea fija, límite extremo en que, ya vencido, cede uno al empuje del instinto. Su cerebro se turbó, sus manos amotinadas, venciendo el esfuerzo que él hacía para ocultarlas, se desataron, se escaparon. Y de tal suerte comprendió que ya no era dueño de ellas y que iban á satisfacerse brutalmente si continuaba mirando á Severina, que empleó sus últimas fuerzas en tirarse de la cama, rodando por tierra como un hombre ebrio. Allí se levantó y estuvo á punto de caer de nuevo, enredándosele los pies entre las enaguas que habían quedado en el suelo. Se bamboleaba, buscaba su ropa como atontado, pensando únicamente en vestirse pronto, en coger la navaja y en bajar á matar á otra mujer en la calle.

Esta vez su deseo le torturaba demasiado; necesitaba matar á alguna.

Ya no encontraba su pantalón, le tocó tres veces antes de darse cuenta de que lo tenía en la mano. Costóle un trabajo infinito ponerse el cazado. Aunque había llegado completamente el día, parecióle á Santiago que el cuarto estaba lleno de humo blanco, así como una neblina que todo lo envolvía. Tiritaba lleno de calentura cuando acabó de vestirse; había cogido la navaja escondiéndola en su manga, seguro de matar á una mujer, la primera que encontrase en la acera, cuando un roce de ropa blanca, un suspiro prolongado que venía de la cama le detuvo, clavado junto á la mesa, y pálido. Era Severina que se despertaba.

—¿Qué es eso, querido? ¿Sales ya?

Santiago no contestaba, no la miraba, esperando que volvería á dormirse.

—¿Pero adónde vas, querido mío?

—No es nada—balbuceó;—un asunto de servicio..... Duerme, voy á volver.

Entonces dijo ella algunas palabras ininteligibles, y quedóse adormilada de nuevo, con los ojos ya cerrados.

—Tengo un sueño, tengo un sueño..... Ven á darme un beso, querido.

Pero él no se movió, pues sabía que de volver la cabeza, con aquel cuchillo en la mano, con sólo que la viera, tan fina, tan bonita, en su desnudez y en su desorden, se iba al traste la voluntad que le tenía allí rígido, junto á ella. A pesar suyo, su mano se levantaría y le hundiría la navaja en el cuello.

—Querido, ven á besarme.....

Su voz se apagaba y se durmió muy suavemente, con un murmullo de caricia. Y él, enloquecido, abrió la puerta y se escapó.

Eran las ocho cuando Santiago llegó á la acera de la calle de Amsterdam. La nieve no había aún sido barrida y apenas se oían las pisadas del escaso número de transeuntes que por allí transitaban. En seguida vió á una vieja; pero subía hacia la calle de Londres; no la siguió. Tropezó con varios hombres, y bajó hacia la plaza del Havre estrechando su navaja abierta, cuya punta desaparecía bajo la manga. Al salir de una casa de enfrente una muchacha de unos catorce años, pasó él de una acera á otra; pero sólo llegó para verla entrar en una panadería vecina. Era tal su impaciencia que no esperó, por ir á buscar más lejos su objeto; y continuó bajando. Desde que había salido del cuarto con aquella navaja, no era él quien obraba, sino otro, aquel otro que con tanta frecuencia había él sentido agitarse en el fondo de su sér; aquel desconocido que de tan lejos venía abrasado por la sed hereditaria del crimen.

En otro tiempo había matado y quería matar aún. Y las cosas en derredor de Santiago parecían sucederse como por un sueño, pues las veía al través de su idea fija. Su vida de cada día quedaba como abolida, andaba entonces como un sonámbulo, sin recuerdo del pasado, sin previsión del porvenir, obsesionado por aquella necesidad. En su cuerpo que andaba, su personalidad estaba

ausente. Dos mujeres que le rozaron adelantándole, le hicieron precipitar el paso; y ya estaba junto á ellas, cuando un hombre las detuvo. Los tres se reían y hablaban. Como aquel hombre le estorbaba, se puso á seguir á otra mujer que pasaba por allí; era endeblucha y negruzca, con aspecto muy pobre bajo su humilde chal.

Andaba á pasitos cortos é iba hacia algún trabajo execrado sin duda, duro y mal pagado, pues la mujer no se apresuraba; tenía la cara desesperadamente triste. Tampoco él se daba prisa ahora que ya tenía una; quería escoger el sitio para matarla á sus anchas. Debió notar que aquel muchacho la seguía y sus ojos se volvieron hacia él, con un desconsuelo indecible, extrañándose, sin duda, de que alguien pudiera solicitarla.

Ya habían llegado á la mitad de la calle del Havre, volviendo ella otras dos veces la cabeza, impidiendo con esto que pudiera clavarle Santiago en la garganta la navaja que le asomaba por la manga de la chaqueta. ¡Tenía aquella desgraciada unos ojos de miseria, tan llenos de súplicas! Cuando la mujer bajara de la acera, entonces la mataría. Y bruscamente dió media vuelta, yéndose detrás de otra mujer que iba en sentido contrario. Todo ello sin razón, sin voluntad, porque pasaba ella por allí en aquel minuto y porque las cosas estaban así dispuestas.

Santiago, detrás de ella, volvió hacia la estación. La mujer, muy vivaracha, andaba con un pasito sonoro; era adorable, bonita, podría te-

ner veinte años á lo sumo, regordeta, rubia, con hermosos ojos llenos de felicidad que la hacían sonriente la vida. Ni siquiera notó que un hombre la iba siguiendo; llevaba prisa, sin duda, pues subió ligera la gradería del patio del Havre y se dirigió hacia la sala principal, recorriéndola muy deprisa, para precipitarse hacia las taquillas de la línea de circunvalación. Y al pedir un billete de primera para Auteuil, Santiago cogió también otro, siguiéndola por las salas de descanso y por el andén hasta el coche en donde se instaló al lado de ella. El tren partió en seguida.

—Tengo tiempo—pensó—la mataré bajo el túnel.

Mas enfrente de ellos, una señora anciana, la única persona que había subido, acababa de reconocer á la joven.

—¡Cómo, es Ud.! ¿Y adónde va Ud. tan temprano?

La otra estalló de risa, fresca y sana, haciendo un gesto de graciosa desesperación.

—¡Y pensar que no puede una hacer nada sin ser vista! Supongo que no me venderá Ud.... Mañana es el santo de mi marido, y en cuanto salió de casa para ir á sus negocios, eché á correr; voy á Auteuil á casa de un horticultor en donde ha visto una orquidea que le vuelve loco.... Ya ve Ud., una sorpresa.

La anciana movía la cabeza con aire de terna simpatía.

—¿Y el bebé, está bueno?

—La niña ¡oh! un encanto.... Ya sabe usted que la desteté hace ocho días; pues hay que verla comer sopa.... Tenemos todos una salud demasiado buena, es un escándalo.

Y se reía con más gana, enseñando sus dientes blancos, entre la sangre pura de sus labios:

Santiago, que se había colocado á su derecha, con la navaja en la mano, escondida detrás de su muslo, pensaba que estaría allí muy bien para asestarla el golpe. Sólo tenía que levantar el brazo y dar media vuelta para tenerla á mano. Pero en el túnel de Batignolles le detuvieron las cintas del sombrero.

—Ahí—pensaba—hay un nudo que va á estorbarme. Quiero tener toda seguridad.

Las dos mujeres continuaban hablando alegremente.

—Según veo, es Ud. feliz.

—¡Feliz.... no lo sabe Ud. bien! Esto ha sido un sueño.... Hace dos años yo no era nada. Usted recordará lo poco que se divertía una en casa de mi tía; además no tenía ni un céntimo de dote.... Cuando venía yo temblaba, tal era el cariño que por él iba sintiendo. Pero era tan hermoso, tan rico.... ¡Y ya es mío, es mi marido, y el bebé es nuestro, suyo y mío! ¡Le digo á usted que esto es demasiado!

Mientras Santiago examinaba el nudo de las cintas, acababa de notar que había debajo, atado á un terciopelo negro, un grueso medallón de oro, y todo lo calculaba.

—La cogeré por el cuello con la mano iz-

quiera y apartaré el medallón echándole la cabeza hacia atrás, para que quede la garganta al descubierto.

El tren se detenía y volvía á salir á cada minuto. Algunos túneles pequeños se habían sucedido, en Courcelles y en Neuilly.

Dentro de un rato, un segundo bastaría.

—¿Ha ido Ud. á baños de mar este verano?—  
repuso la señora anciana.

—Sí, á la Bretaña; hemos permanecido durante seis semanas en el fondo de un rincón perdido, un paraíso. Luego pasamos el mes de Septiembre en el Poitou, en casa de mi suegro, el cual posee por allí grandes bosques.

—¿Y no van ustedes á pasar el invierno al Mediodía?

—Sí, estaremos en Cannes hacia el quince..... Ya está alquilada la casa. Un jardincito delicioso enfrente del mar. Hemos mandado á una persona que todo lo está arreglando para recibirnos..... No es que uno ni otro seamos frioleros, pero es cosa tan buena el sol..... Y en Marzo estaremos de vuelta. El año que viene lo pasaremos en París. Dentro de dos años, cuando la niña esté más fuertecita, viajaremos. ¡En fin, no sé, porque siempre estamos de fiesta en casa!

Rebosaba tal felicidad, que cediendo á su necesidad de expansión, se volvió hacia Santiago, hacia aquel desconocido, para sonreírle. En este movimiento, el nudo de las cintas cambió de sitio, el medallón se apartó y apareció el

cuello sonrosado, con un diminuto hoyuelo dorado por la sombra.

Los dedos de Santiago apretaban el mango de la navaja, mientras tomaba una resolución irrevocable.

—Ahí, en ese sitio, es donde daré el golpe. Sí, ahora, bajo el túnel, antes de llegar á Passy.

Pero en la estación del Trocadero un empleado subió, conocía á Santiago y se puso á hablarle del servicio, de un robo de carbón en el que habían sorprendido á un maquinista y á su fogonero. Desde aquel momento todo se enredó y no le fué posible después á Santiago restablecer exactamente el recuerdo de los hechos.

Las risas continuaron en tal desbordamiento de felicidad que Santiago quedó como atontado. Quizás habría ido hasta Auteuil con las dos mujeres: sólo que ya no recordaba si se habían ó no bajado allí. El mismo acabó por hallarse en el borde del Sena sin explicarse cómo estaba en aquel punto.

Lo que sí recordaba muy bien era haber tirado, desde el muelle, la navaja que había tenido en su manga, entre los crispados dedos; y no se daba cuenta de nada más, como si estuviese ebrio, enajenado. Debió andar durante varias horas en las calles y plazas, sin darse cuenta de sí mismo. Gentes y casas pasaban delante de él, todo aparecía de pálido color á sus ojos. Por fuerza había entrado en algún sitio para comer, en el fondo de una sala llena de gente, pues veía muy



claramente en su recuerdo pintarse un montón de platos limpios. Impresión persistente en su recuerdo era para él también la de un anuncio rojo sobre una tienda cerrada. Y todo se hundía luego en un abismo negro, en un caos en donde no había tiempo ni espacio, en el que yacía inerte desde hacía siglos quizás.

Cuando volvió en sí estaba Santiago en su reducido cuarto de la calle Cardinet, tirado al través de su cama, y vestido. El instinto le había llevado allí, como un perro cansado vuelve á su caseta. Además, no recordaba haber subido la escalera ni haberse dormido. Se despertaba de un sueño pesado y se asustaba al entrar bruscamente en posesión de sí mismo, como después de un desmayo prolongado. Quizás había dormido tres horas, quizás tres días. Y de repente recordó la noche pasada con Severina, la confesión del crimen, y su salida de fiera en busca de sangre. Había estado fuera de su ser y ahora se hallaba de nuevo con el estupor que le ocasionaba el recuerdo de las cosas que habían sucedido sin que su voluntad tomara parte en ellas. Al pensar que Severina le esperaba, de un salto se puso en pie. Miró su reloj, eran ya las cuatro; y con la cabeza vacía, muy tranquilo como después de una fuerte sangría, se apresuró á volver al callejón sin salida de Amsterdam.

Hasta las doce durmió Severina profundamente. Cuando se despertó, extrañada de no verle aún allí, encendió la estufa; y ya vestida, muerta de hambre, se decidió, á eso de de las cuatro, á

bajar á comer en una fonda de la vecindad. Cuando Santiago llegó acababa de subir al cuarto, después de haber ido á hacer algunas compras.

—¡Oh, querido mío, qué inquieta estaba!

Y se colgó de su cuello, fijando su vista en la del joven.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

El, rendido, y sintiendo la carne saciada, tranquilizaba á Severina, pero frío y sin alterarse.

—Pues nada, un trabajo fastidioso. Cuando la toman con uno no le sueltan.

Entonces, bajando la voz, se hizo ella humilde y púsose con él muy zalamera.

—Figúrate que me imaginaba..... ¡Oh, una ocurrencia enojosa que me apenaba tanto!..... Sí, me imaginaba que después de lo que te he confesado ya no me ibas á querer!..... ¡Y creí que te habías marchado para no volver ya nunca, nunca!

Algunas lágrimas acudieron á sus ojos y estalló en sollozos, estrechándole apasionadamente entre sus brazos.

—¡Ah, querido mío, si tú supieses qué necesidad tengo de que sean buenos conmigo!..... Quiéreme, quiéreme mucho, porque sólo tu amor puede hacerme olvidar..... Y ahora que te he contado todos mis pesares, no me dejes, ¡oh! ¡te lo suplico!

Santiago se dejó seducir por aquel enternecimiento. Una reacción invencible aflojaba poco á poco sus nervios y murmuró:

—No, no, yo te quiero, no tengas miedo.

Y lleno de emoción lloró también, bajo el fatal influjo de aquella enfermedad abominable que de nuevo se apoderaba de él, enfermedad de la que nunca se vería curado. Era su sentimiento una vergüenza, una desesperación sin límites.

—¡Quiéreme, quiéreme tú también con todas tus fuerzas, pues lo necesito tanto como tú!

Severina se estremeció y quiso enterarse.

—¿Tú tienes disgustos? pues dímelos.

—No, no, disgustos no; cosas que no existen, tristezas que me hacen muy desgraciado, sin que ni siquiera pueda hablar de ellas.

Ambos se abrazaron, confundiendo la espantosa melancolía de su dolor. Era un sufrimiento infinito, sin olvido posible, sin perdón. Lloraban y sentían sobre sus hombros las fuerzas ciegas de la vida, la cual se compone de lucha y de muerte.

—Vamos—dijo Santiago desasiéndose el primero—ya es tiempo de pensar en la marcha.... Esta noche estarás en el Havre.

Severina, triste, con mirada dolorosa y vaga, murmuró después de un silencio:

—¡Y si fuese libre, si no tuviera á mi marido!.... ¡Ah! ¡qué felices seríamos juntitos, y qué pronto olvidáramos!

Hizo él un gesto violento y pensó en voz alta:

—Y claro está que no podemos matarle.

Severina le miró fijamente y Santiago se estremeció, extrañándose por haber dicho aquello en que nunca había pensado.

Puesto que quería matar, ¿por qué no mataba á aquel hombre que les estorbaba? Y cuando echó á correr al Depósito, Severina le cogió de nuevo en sus brazos, cubriéndole de besos.

—¡Oh, bien mío, quiéreme mucho!—Yo te querré mucho más, muchísimo más todavía, y ya verás qué felices somos.

## IX

En el Havre, en los días siguientes, Santiago y Severina estuvieron muy reservados, llenos de inquietud. Puesto que Roubaud lo sabía todo, ¿no iba á acecharlos, á sorprenderlos, para vengarse de ellos dando un escándalo?

Recordaban sus arrebatos celosos, sus brutalidades de antiguo mozo de tren, pegando á puño cerrado. Y precisamente les parecía, al verle tan pesado, tan mudo, con su mirada turbia, que meditaba alguna ferocidad cazarra, alguna alevosía que les pusiese á merced suya. Así es, que durante el primer mes no se vieron sino con mil precauciones, siempre en acecho.

Roubaud se ausentaba cada vez más. Quizás no desapareciese de aquella manera, sino para volver de improviso y encontrarlos el uno en brazos del otro. Pero ese temor no se realizaba. Al contrario, de tal modo se prolongaban sus